

Alfredo de Vigny.—Edgardo Allan Poe

Pero tú te mantendrás oculto en la naturaleza y no tendrás tiempo de frecuentar la Bolsa o el Capitolio.

EMERSON.

I

EN los dominios del arte, existe cierta categoría de artistas que parecen fuera de toda clasificación posible. Una extraña luz cae sobre ellos y su planta no huella el ancho sendero por donde marchan los demás hombres. Su obra de una seducción misteriosa, no tiene sin embargo continuadores, pues al mismo tiempo es la desesperación y el fracaso perpetuo de todo aquel que pretenda imitarla. Son éstos, a pesar de todo, legión que va a engrosar, sin interrupción, el muro de víctimas que la circunda.

El Arca de la Alianza—el ara santa de Israel—no estaba mejor custodiada por los «guardianes del umbral» del contacto del profano, que lo está ésta del alcance del vulgo.

Es en esta esfera particular del arte donde se nos presentan como dos príncipes de la poesía universal, el poeta de Eloa y el poeta de Ligeia.

Probablemente no los haya de más alto linaje.

Homero y Virgilio, Esquilo y Lucrecio, Dante y Shakespeare, Goethe y Hugo, Ibsen y Tolstoy, Whitman y Tagore, es verdad, han cubierto bajo su amplio manto una porción mayor de humanidad. Han encausado la corriente central de vida en la historia y sus cantos resuenan con todas las notas del espíritu a

través de las diversas lenguas, como el «ruido de muchas aguas» a través de las edades.

Han pontificado majestuosamente.

Como el titán de la fábula, han llevado el mundo sobre sus hombros.

Por el contrario, Poe y Vigny que apenas lo han tocado con la punta de sus pies, en los momentos de laxitud en que han plegado las alas, hacen resaltar la nota aguda de su voz personal en el coro solemne de estos cantores universales.

En medio de las multitudes van horrorosamente solitarios.

Marchan fuera de toda senda conocida y no han dejado huella alguna de su paso en ninguno de los planos inferiores de la inteligencia: el comercio, la industria, la política, el profesionalismo y la cátedra. Cáliban les fué un personaje desconocido.

Murieron con la mirada recta y las manos limpias.

Nunca dejaron de ser, ni dejarán de serlo jamás, «ellos mismos».

Pasa Vigny como una esfinge en medio de la orgía romántica.

«Et Vigny plus secret,
Comme en sa tour d'voire, avant
midi reintrait»

dice Saint Beuve en unos versos célebres.

Y en sus Memorias inéditas anota todavía: «Alfredo de Vigny ignora las cosas de la vida y quiere ignorarlas; vive en una perpetua alucinación seráfica».

Uno de sus contemporáneos constata que nadie jamás ha visto a Vigny en la mesa.

«Yo marchó lentamente por las calles, escribe él mismo en su Diario Intimo, porque todo mi cuerpo escucha a mi cerebro que habla sin interrupción. Los mundos pasan ante mis ojos, entre la palabra que se me dirige y la que respondo».

Y Sandeau aseguraba, más o menos humorísticamente, que con Vigny nadie de este mundo se había tratado familiarmente, ni el mismo Vigny.

Por su parte él repelía a menudo: «La soledad es santa».

En Poe, el contraste degenera en conflicto.

Cruzan la atmósfera enrarecida, reflejos y estridencias que le sacuden la médula.

La miseria de lo cotidiano le asaetea. La insidia tenaz del azar le ensombrece todas las horas. Y la hipnosis del más allá tamborilea sin cesar en sus oídos.

Perdido el control de los nervios, se arroja en el Leteo ardiente del alcohol que concluye por abrirle de par en par las puertas del Infierno.

Una tromba de Ghulias, Strygias y Larbas sepulcrales se precipita entonces en su cerebro y lo vampiriza. Espectros proteicos montan guardia permanente a su lado; manos invisibles llegan hasta su garganta. Se abandona y flota; se crispa y silba. Pierde el divino contacto con el alma del mundo; lo succiona el abismo.

Pero la «voluntad que no muere» tiende su espada litúrgica a través del espacio resonante. Retrocede la sombra, se abren las nubes y en medio de un recogimiento diáfano se alza la frente del poeta sobre el mundo que le asedia, como una «luna mística» que se levanta y esplende ante la mirada elemental de saurios y trasgos de la noche plutoniana.

Un ensueño plateado besa la frente ríspida del Erebo. Y las lágrimas de un miserere nocturno ruedan musicalmente en la sombra...

Si Eugenio Pelletan resucitase en nuestros días, seguramente no diría el mundo marcha. Es posible que no se conformaría ni aún con decir el mundo vuela, sobre todo al considerar los veinticinco años corridos del presente siglo.

Instituciones, ideas, artes, ciencias, la vida misma, aceleran el vuelo con el zumbido catastrófico de una caída. Los hombres se vuelven sombras y las sombras se alargan y vibran en un vapor candente.

La tranquilidad de la naturaleza parece haber sido perturbada: cegada con sangre, soliviantada con fuego.

Guerras universales y terremotos, alteraciones magnéticas en el sol y crisis profundas en la conciencia de la humanidad.

Indudablemente, es algo viejo que muere o algo nuevo que nace.

Un profesor de literatura, hace poco, anotaba más de treinta escuelas literarias, sólo en Francia y comprendidas en el período de las dos últimas generaciones. Y a este propósito hacía la siguiente cita de un manifiesto recién aparecido en que se define una de dichas escuelas:

«Super realismo.—Automatismo psíquico puro, mediante el cual uno se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, sea de otra manera cualquiera, el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento fuera de todo control de la razón, fuera de toda preocupación estética o moral».

Sin temor a equivocarnos, puede decirse que esto es, ni más ni menos, que el camino del menor esfuerzo, la línea de menor resistencia. La línea de todo lo que cae a plomo.

Acentúalo más aún el párrafo que viene en seguida:

... «Póngase Ud. en el estado más pasivo o receptivo que pueda. Haga abstracción de su genio, de sus talentos y de los talentos de los demás. Escriba rápidamente, sin objeto preconcebido, lo bastante ligero para que Ud. no retenga, ni sea tentado de releerse. La primera frase vendrá por sí sola, etc.»

A primera vista podría tomarse también como una de las muchas prácticas o procedimientos empleados por ciertas escuelas de misticismo u ocultismo para trasportar la conciencia de un plano a otro. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental.

Aquellos al abatir todas sus facultades sensoriales, sin un objetivo previo, carecen de todo punto de apoyo para desplegarse en un plano de conciencia superior, pasando así a ser víctimas indefensas de todas las fuerzas disolventes de la gravitación psíquica externa.

Y estos, por el contrario, al formular previamente un objetivo determinado, entrarán, sin mayores dificultades, en un plano superior de conciencia, por derecho intrínseco, como el astro que gravita en su órbita propia.

Es la línea del mayor esfuerzo para los unos y del abandono máximo para los otros. No hay, pues, de común entre ambos más que el récord de la línea recta; pero mientras aquellos la suben, éstos la bajan.

Y este Flegetonte de bajada encausa, a no dudarlo, la corriente central de ideas, escuelas o tendencias en el arte actual. La pintura, la literatura y la música convergen hacia él. Las multitudes siguen con la vista el triste curso de sus aguas. Vapores corrosivos impregnan el aire pálido, y a su influjo la razón se vale de sus propios recursos para destruirse, recorriendo en una regresión mórbida todo el génesis morfológico de sus creaturas.

La voluntad, que es la palanca de toda vida, se quebranta y desaparece, dejando el paso expedito al choque fatal de todas las fuerzas ciegas.

Las ruedas de la vida comienzan a girar para atrás. Se organiza la ciencia de la demencia y se promulga la religión de la nada. Una potencia anónima pone su miseria en todas partes, su grandeza en ninguna. Nada resiste, nada brega, nada llora. Es la «guerra química» en los dominios del espíritu. La materia que se disgrega, el alma que cae a plomo.

Guardémonos bien, sin embargo, de menospreciar este pudriero donde se descomponen todos los organismos y fermentan todos los gérmenes, porque precisamente de ahí nacerá el arte del porvenir. Ahí está la semilla.

Una profunda descomposición o una gran laxitud preceden siempre a los grandes alumbramientos. En el punto en que la naturaleza va a levantar las montañas más altas despeja previamente el horizonte.

Un hilo invisible une el pasado con el futuro, pues con la fugacidad de estas dos realidades tejemos la ilusión permanente de cada momento.

«Todo lo que nace tiene que morir y todo lo que muere tiene que renacer», dice el Bagahad Gita. Es la ley suprema que perpetúa la vida en la renovación incesante de las formas.

Pero así como es indudable que en los veinticinco años corridos de este siglo no se ha hecho más que destruir, es tam-

bién iududable que en el siglo que pasó, han culminado las artes en la plena madurez de todas sus formas.

Mas es de tal modo una soberanía la creación de las formas que sus mismos destructores son los primeros en proclamarse artistas, es decir, creadores.

Para los que se mantienen firmes y serenos, sin soltar de sus manos el hilo de Ariadna en medio de esta danza de la muerte; para los que no ven en ella más que un fenómeno conocido, necesario y transitorio, quiero evocarles de paso y en sus rasgos esenciales, las figuras egregias de dos príncipes de la poesía universal: el poeta de los «Destinados» y el poeta de «Morella». Para los que viven indistintamente en el pasado como en el futuro, quiero repetirles al oído los nombres de estos príncipes porphirogénitos del espíritu.

✓ ANANTA VIJAYA.